

tener buenos nietos y descendientes, hombres hábiles, y no bestias.

## TÍTULO VI.

Mejoras en la honra.

Pues la filosofía dicha muestra al mundo que la virtud no se propaga, y deciende en el hombre, como en las plantas, por la mistion y necesidad de dos simientes, de donde resulta tercera cosa, y vemos degenerar los hijos de los padres en salir mejores y más virtuosos, ó salir peores y más viciosos, como resulta el melocoton del durazno y membrillo, y como resulta el animal crocuta arriba dicho de hiena y leona. Debían los reyes cristianos y el Papa hacer una ley que contenga esta sentencia: *Honos in manibus tuis*; la honra esté en tus manos, y no en las ajenas, con la cual se abra la puerta de la honra para todo el mundo, para que en la guerra y actos virtuosos los bajos tengan esperanza y puedan subir á la cumbre de honra, y la bajeza del linaje y vicios y pecados ajenos no les impidan ni cierren la puerta. De esta manera habria Roldanes y muchos Cides, habria Gonzalos Fernandez, Anibales y Taborlanes, y en la guerra podria haber premio y paga con insignias de honra, de oro ó plata ó alquimia, traídas en la cabeza, como los romanos usaban de dar coronas segun fuese el hecho, y era alivio para que no sea todo á paga de dinero.

## TÍTULO VII.

Manera para matar la langosta cuando ya salta.

Saldrán juntos treinta ó cuarenta ó cincuenta hombres, todos llevarán esparteñas calzadas y grandes bardascas ó retamas en la mano. La quinta parte llevará cada uno un pison de tabla gruesa en el hombro izquierdo. Llegados donde está la langosta, harán un círculo redondo, caminando uno ante otro, unos á la diestra y otros á la siniestra, hasta que se junten y quede el círculo redondo, cercado de los hombres dos varas ó tres uno de otro. Luégo todos, hecha una seña con las bardascas, recogerán y ahuyentarán la langosta, cada uno la parte que le toca, y todos hácia el punto de enmedio de este círculo que cercaron, y cuando se junten, se saldrán atras, uno sí, otro no, y harán dos hiladas, y estrecharán la langosta al medio del círculo; y cuando ya está en medio amontonada una sobre otra (que hallarán gran cantidad), entren todos á pisar esta parva con las esparteñas y con los pisones; y pisada y muerta, queden algunos de azada, y hagan zarjas y entiérrenla, y pase la compañía á hacer otro círculo, llevando la tierra limpia. De esta manera hacen más cincuenta hombres que trecientos, cada uno por sí, en la manera que usan con buitrones y costa de lienzo. Yo soy convidado esta noche. Quedá con Dios.

## TÍTULO VIII.

Plática en que Veronio, enfermo, pide los remedios de la *Vera medicina*.

*Ver.* Dios os salve, señor Antonio.

*Ant.* Felice y dichosa sea vuestra venida; ¿qué color de rostro es ésa? haos acontecido algo?

*Ver.* Estoy para morir.

*Ant.* ¿De qué ocasion?

*Ver.* Anoche fui convidado y cené mucho, y sucedióme encima un vehemente enojo, que mi criado se olvidó de cerrar la puerta del corral y entró el lobo viejo al ganado y mató cinco corderos. Al gran alboroto que hacian recordé, y fui al corral desnudo, y á la entrada de la puerta el lobo salia tan ciego y recio, que topando en mis piernas, me derribó en tierra, y como se juntaron muchos contrarios, que fueron el enojo y miedo repentino, el sereno, el mal olor, la mudanza ó falta del vestido, la noche y la gran cena, vínome tal decremento, y creció tanto el enojo, que si no me acordára de vuestros avisos, y me aprovechára de las razones del alma, y conociera que allí estaba la muerte, cierto yo no amaneciera con vida, y en verdad que tengo calentura. Razon es, señor Antonio, que pues ya entendemos nuestra naturaleza, y sabemos las causas por que viene la enfermedad, que nos deis los remedios para ella y mejoreis la salud del hombre.

*Ant.* Esos son para los médicos prudentes, que sabrán usar de ellos y mejorar su arte y medicina, y de dañosa y nociva á las repúblicas, la volverán útil y fructuosa, y alcanzarán su fin deseado, que es dar salud á quien los llama, entendiendo primero perfectamente y de raíz los secretos de la naturaleza del hombre, que es el fundamento de esta arte (que se tratan en el diálogo de la *Vera medicina*), con la cual podrán desterrar la muerte temprana ó violenta en mocedad, y convertirán el daño en gran provecho y utilidad de las repúblicas. Y así suplico á los sabios y cristianos médicos juzguen este negocio con equidad y justicia, pues les hacemos bien, y no mal, quitando lo errado y nocivo, y dándoles lo acertado y útil para ellos y para las repúblicas; y en cosa que tanto monta al mundo, no hagan juicio repentino, sino con prudencia esperen al tiempo, experiencia y suceso, que declaren la verdad. Pues perfeccionada, y estando cierta y verdadera con el fin y bien que promete, es el arte más fructuosa á la república y más necesaria que otra ninguna; y ella y ellos serán premiados con la honra y estimacion que justamente se les debe, pues el médico es el ministro de las grandezas y secretos que Dios y su causa segunda, la naturaleza, criaron; y es el arte que más estimacion, y premio merece que cuantas hay en la república, pues negocian y tratan de lo mejor que la vida humana tiene, que es la salud corporal. Y con gran razon los sabios concedieron la corona de honra á la medicina y mandaron honrar á los médicos, conforme á aquello de Salomon: «Honra al médico, que para la necesidad lo crió el altísimo Dios.»

*Ver.* Esos remedios quiero yo luégo entender, para saber regir y conservar mi salud, y darme algun remedio en mis indisposiciones (cuando la enfermedad no es recia), sin andar á ciegas, con los ojos y piés ajenos del médico, y llamándolo cada hora. No me lo queráis negar, por la amistad que nos profesamos.

*Ant.* El amor fácilmente persuade, y por tanto, quiero hacer lo que mandais, aunque pedis ántes el fruto que las hojas.

## FERNAN PEREZ DE OLIVA.

## JUICIOS CRÍTICOS.

## I.—DEL ABATE ANDRES.

(En la *Historia de la literatura*.)

Hernán Perez de Oliva hubiera superado á Guevara si hubiese cultivado más este género de elocuencia; y el pequeño ensayo que nos ha dado en su *Diálogo de la dignidad del hombre*, aunque lo dejó imperfecto, es una clara prueba de su elegante, culta, armoniosa, grave y robusta facundia.

## II.—DE BOUTERVECK.

(En la *Historia de la literatura española*.)

El primero que contribuye por sus trabajos á perfeccionar el estilo didáctico fué el sabio Perez de Oliva... La más célebre de sus obras es su *Diálogo*, á estilo de Ciceron, *sobre la dignidad del hombre*. En vano sería buscar ideas que en nuestro siglo tengan el interes de la novedad.... Hállase en esta obra de Perez de Oliva el primer modelo que la literatura española ha ofrecido de una discusion sencilla y bien enlazada, en lenguaje correcto, elegante y noble.

AMBROSIO DE MORALES, SOBRINO DEL MAESTRO OLIVA,  
AL LECTOR.

Una buena parte de la prudencia en los hombres es saber bien el lenguaje en que nacieron; y el principal ornamento con que el hombre sabio ha de arrear su persona y en que debe señalarse entre los otros, es en el hablar ordinario que todos entienden, y todos se sirven dél para manifestar lo que sienten, gozando asimismo todo lo que en él se les comunica. Ésta es la primera cosa á que el entendimiento se aplica en la vida; y en ella tenemos por maestro á la misma naturaleza, la cual, poco despues de nacido el hombre, juntamente con el movimiento del cuerpo, á que luégo lo acostumbra, le muestra tambien á moverse con el alma y dar señal della con hablar en su lenguaje. Pasados algunos años, cuando ya naturaleza nos ha enseñado lo que basta para formar bien las voces, y pronunciar enteramente y sin fealdad las palabras, entónces sucede en su lugar el uso, de quien aprendemos la propiedad de nuestra habla natural. Sobre ésta se funda despues la elocuencia y cuidado de bien decir, que aunque es comun en todos los lenguajes, cada uno debe ponerlo en el suyo, donde la ventaja será más conocida y estimada, y resultará della en público más provecho; y al contrario, la falta y el error será notorio y de todos en general notado, pues no hay quasi ninguno que no pueda ser juez para condenarla. Teofrasto, discípulo de



Aristóteles, se llamaba ántes Tirtano (1), y por su singular gracia y dulzura en el decir, su maestro le puso este nombre, que significa habla divina; y una vieja en Atenas le llamó extranjero, porque erró en un vocablo, y á él pesó mucho de ser así con razon notado por no saber perfectamente su lenguaje. Porque, como Marco Tulio dice (2), es muy fea cosa en el sabio la ignorancia dél, donde ningun error puede pasar disimulado, y no hay nadie de quien no puede ser reprendido. Los sabios antiguos de Grecia, fuentes de donde manó toda la sabiduría entre los hombres, con igual cuidado procuraban hablar bien y pensar lo que habian de decir; y tanto se preciaban de la ventaja que á la otra gente vulgar hacian en el uso de su lengua, como de haber hallado cosas excelentes que decirles en ella. Estos estimaron tanto su lenguaje natural, que todo lo que con sus altos entendimientos alcanzaron lo escribieron en él; y para engastar sus piedras preciosas no pensaron que podia haber otro oro mejor que más las ennobleciese. La misma estima hicieron los romanos de su latin; y en estas dos naciones, que siempre fueron en el mundo celebradas por su prudencia y gloria de sus hechos, nunca cuasi se halló griego que escribiese en latin cosa suya (3); ni hubo romano que se apreciase más del griego, para encomendar á él su nombre y su fama, que de su propia lengua, sino fué Aulo Albino, el cual pidiendo perdon, en el prólogo de una historia que de cosas de Roma compuso, porque escribia en lenguaje peregrino, dijo Marco Caton que más valiera no tener culpa, que pedir y esperar el perdon de ella. Culpa le pareció dejar de escribir en su lengua, y hacerse extraño con el ajena. Plutarco estuvo en Roma muchos años; y segun su gran juicio y diligencia, y en el oficio de ser maestro de Trajano, que tuvo, yo tengo duda sino que aunque (segun algunos quieren decir) no alcanzó la facilidad del latin para hablarlo sueltamente y pulido, á lo ménos aprendió dél tanto, que pudiera escribir en latin tan bien como muchos de los romanos naturales; mas nunca quiso dejar su griego aun en las cosas romanas y que para los romanos principalmente pertenecian. En Roma cuasi todos los nobles sabian la lengua griega; mas cuando iban á gobernar en Asia ó en Grecia, por ley se les vedaba que en público no hablasen sino en latin, mandándoles que en juicio no consintiesen usarse otra lengua, aunque hubiesen de ayudarse de intérprete los que no lo sabian; sólo para este efecto (como dice Valerio Máximo) (4), que la dignidad y reputacion de la lengua latina se extendiese con mayor autoridad por todo el mundo: tanto cuidado tuvieron de perpetuarla y hacerla estimar. La grande aficion con que los romanos amaron la lengua de su tierra, se ve manifesta en la diligencia con que procuraron el bien hablar, aprendiéndolo por arte muy larga y continuo ejercicio; cuyo premio era al fin muchas riquezas, que con elocuencia se ganaban, y las mayores dignidades en la república, que comunmente las alcanzaban los más elocuentes. Marco Tulio, particular gloria de la lengua latina, de harto bajo lugar lo ensalzó su buen decir hasta ser el principal en Roma, y tener á su cargo algunas veces todo el imperio, por lo cual él, como bien agradecido, fué muy amante de su lengua, y esclarecióla tanto, cuanto ella le habia á él ennoblecido. ¿Con cuánto estudio y trabajo se esmeró en ella? ¿Qué ventaja llevó á los de su tiempo en hablarla, adornarla y extenderla? ¿Qué cosa quedó buena en la filosofia griega, que no la pusiese en el latin (5)? ¿Cuánto se gloria y se alaba de haber sido el primero que hizo hablar en latin los filósofos griegos? Todo el cuidado que puso en saber la lengua griega, no parece que fué para otro fin sino para enriquecer su lengua con lo mejor que en la otra habia. Pues el cotejar de las dos lenguas, porque gane honra la suya con la ventaja, es tan ordinario en sus obras, que cansa muchas veces y da fastidio á quien lo encuentra tan á menudo. Nunca en las *Tusculanas* acaba de hacer fiesta con un vocablo latino, porque no hay otro que cumplidamente le corresponda en griego; y todas las otras veces que se hace la comparacion, ¡ay de tí, Grecia, cuál escaparás de sus manos, apocada, disfamada y abatida! Y no fué solamente de griegos y latinos aficionarse tanto á su lengua, y no buscar otra para escribir cualquier cosa, aunque fuesen profundos misterios, que tambien los tienen los italianos de nuestro tiempo, ejercitándose todos con gran cuidado en su lenguaje; y aunque saben los que entre ellos son doctos el latin, por excelencia escriben muy poco en esta lengua, y muy mucho en la suya. En Sena hay escuela pública, donde se aprende por lición que se lee y por ejercicio que se hace, la lengua toscana y la gracia y primor en hablarla; y está esto así proveido en aquella ciudad, porque la pureza y la ele-

(1) Quintilian., lib. viii, cap. i.

(2) En el libro ii *De oratore*.

(3) Aulo Gelio, lib. ii, cap. viii.

(4) En el lib. ii, cap. i.

(5) En el Bruto, hablando de César.

gancia de la lengua, que el tiempo y el uso suelen corromper, se conserve entera en algunos, y en ellos á lo ménos permanezca sin mezcla de otro lenguaje que le enturbie, y de allí mane limpia y clara á los demas. El autor del *Cortesano* muestra bien el celo que aquella nacion tiene de ennoblecer su lengua: con una larga disputa de quién debe ser en ella imitado, Petrarca ó el Bocacio, enseñando ántes de esto á su *Cortesano* que allí instituye, cómo se ha de arrear mucho del bien hablar en su lengua, y preciarse de esto más que de otra ninguna gentileza. Mas ¿para qué es menester detenernos tanto en mostrar la estima que los ingenios excelentes de Italia hacen de su lengua? Como si no tuviésemos ya libro particular de la propiedad de ella y de cosas que pertenecen para bien hablarla, el cual compuso el cardenal Pedro Bembo á imitacion de los que de la lengua latina Julio César y Marco Varron escribieron. No hay ahora hombre docto en Italia que no se ocupe en esclarecer su lengua con escrituras graves y de mucha sustancia, y aprenden el griego y el latin para tener llaves con que puedan abrir los tesoros de entrambas, y enriquecer su vulgar con tales despojos. Por esto me duelo yo siempre de la mala suerte de nuestra lengua castellana, que siendo igual con todas las buenas en abundancia, en propiedad, variedad y lindeza, y haciendo en algo de esto á muchas ventaja, por culpa ó negligencia de nuestros naturales está tan olvidada y tenida en poco, que ha perdido mucho de su valor. Y aun pudiérase esto sufrir ó disimular, si no hubiera venido en tanto menosprecio, que ya cuasi basta ser un libro escrito en castellano para no ser tenido en nada. Para mí es gran pesar el descuido que nuestros españoles tenemos en esta parte, de no preciarnos de nuestra lengua, y así honrarla y enriquecerla ántes de tratarla con menosprecio y vituperio. Mas ántes que pase más adelante en esta mi querrela, quiero mostrar dos errores muy comunes de nuestros españoles, que son como fuentes de do mana todo este descuido y como disfamia á nuestro lenguaje. Piensan sin duda vulgarmente nuestros españoles, primero, que naturaleza enseña perfectamente nuestro lenguaje, y que como es maestra de la habla, así lo es de la perfeccion de ella, sin que haya de aventajarse uno de otro en esto, porque naturaleza enseña á todos todo lo que en la lengua natural hay que saber. De aquí nace el otro error, tambien muy grande, de tener por vicioso y afectado todo lo que sale de lo comun y ordinario. Estos, con estas sus dos tan ciegas persuasiones piensan que todo lo que es elocuencia y estudio y cuidado de bien decir es para la lengua latina ó griega, sin que tenga que ver con la nuestra, donde será superfluo todo su cuidado, toda su doctrina y trabajo. Y erran mucho sin duda. Porque en lo primero tomemos sola una parte, y no de las más principales de un lenguaje, que es la propiedad de los vocablos, ¿cómo es posible que sola naturaleza con el uso la enseñe? ¿Cómo sin buenos ejemplos de hombres que hablen propiamente, y sin mucha advertencia de imitarlos, se puede aprender esta propiedad? ¿Cómo se huirá el vicio contrario de impropiedad, sin mucho cuidado de conocerlo, y gran recato de evitarlo en la propiedad de la habla? Segun esto, no habria diferencia entre un hombre criado desde su niñez entre rústicos, y otro que se crió en una gran ciudad ó en la corte. Marco Tulio dice (1) que en Roma para enseñar bien á los niños nobles la pureza y propiedad de su lengua latina, natural á todos, en las cosas principales daban el cuidado de su crianza á alguna matrona parienta principal, porque en las mujeres, dice, persevera siempre y se conserva más limpio y más propio el lenguaje. ¿Para qué, pues, era este cuidado, de qué servia esta diligencia entre gente tan prudente y de tanto miramiento, si naturaleza lo suplía, y habia ella de hacerlo mejor? Veian sin duda cómo sin tales ejemplos no se podia perfeccionar el uso de la lengua en aquella parte, y que á faltar lo que proveian, faltaria el bien que deseaban; y lo mismo es en las formas y maneras particulares de hablar, que llaman *frasis*, y en todas las otras partes del lenguaje, donde ayudada naturaleza con el mejor uso, saca más ventaja y perfeccion. Pues ¿qué los otros que todo lo tienen en castellano por afectado? Estos quieren condenar nuestra lengua á un extraño abatimiento, y como enterrarla viva donde miserablemente se corrompa y pierda todo su lustre, su lindeza y hermosura. O desconfian que no es para parecer, y ésta es ignorancia; ó no la quieren adornar como deben, y ésta es maldad. Yo no digo que afeites nuestra lengua castellana, sino que le laves la cara. No le pintes el rostro, mas quitale la suciedad. No la vistas de bordados ni recamos, mas no le niegues un buen atavío de vestido que aderece con gravedad. Triste cosa es verdaderamente que se tenga ya por vano el cuidado que alguno pone en hablar nuestra lengua con más acertamiento que los otros. Espanta sin duda la infamia de los nombres con que nuestros españoles afean esta diligencia y deseo de bien hablar, en los que lo sienten, la-

(1) En el diálogo *De claris oratoribus*.



mándolos afectados, singulares amigos de novedad, ociosos, y por condenarlos de una vez con el mayor castigo que pueden darles, los llaman necios. No niego yo que no hay muchos entre nuestros naturales para quien es aún poca pena la injuria de estos apellidos, según lo mucho que pecan en usar vocablos extraños y nuevas maneras de decir, que pocos entienden, sólo con gana de no parecer á los otros, y no con deseo de hablar lo mismo que ellos con más prudencia y mejor aviso, que es en lo que puede uno esmerarse y adelantarse de los demás. Esto es de lo que yo me quejo y culpo nuestra nación: que lo que fué en todos los lenguajes estimado como cosa excelente y admirable, los españoles no solamente no lo procuremos, sino que lo tengamos por vituperio; y que nunca, cesando de alabar la elocuencia y los provechos del bien decir, hayamos negado esta gloria á nuestra lengua; y á bulto, sin más diferenciar, condenemos los que quieren comenzar á procurársela, por sólo que algunos no aciertan á hacerlo. Es esto lo mismo que haría quien dijese que no convenia que Marco Tulio y los otros romanos elocuentes se puliesen en su decir, porque otros, queriéndose extremar como ellos, y no pudiendo alcanzarlo su ingenio ni su industria, venian á parar en ser afectados. ¿Cómo? Porque Apoleyo tenga tanto de afectación en su decir antiguo y desusado, ¿no queréis que Quintiliano, Suetonio Tranquilo, Cornelio Tácito y otros semejantes de aquel siglo hablen con elegancia? Si Tertuliano toma sabor en corromper la lengua latina, usada con palabras y propiedades nuevas y condenadas por el uso, ¿pareceros ha bien que Lactancio, san Cipriano, san Jerónimo y otros tales pierdan el cuidado de decir bien? Unos pocos españoles necios, que para hacerse estimar por sabios entre los ignorantes, hablan de manera que no los entiendan, ¿han de ser causa y bastar para que junto con ellos sean condenados todos los que con prudencia procuraban hablar bien el castellano? ¿Ha de ser común la pena donde no se comunica la culpa? Aquellos solos erraron; ¿por qué estos otros participan de la infamia de su error? Muy diferentes cosas son en el castellano, como en cualquier otro lenguaje, hablar bien y hablar con afectación, y en todos el hablar bien es diferente del común. Las mismas palabras con que Tulio decía una cosa son las que usaba cualquier ciudadano en Roma; mas él, con su gran juicio, ayudado del arte y del mucho uso que tenía en el decir, hace que sea muy diferente su habla, no en los vocablos y propiedades de la lengua latina, que todos son unos, sino en saberlos escoger y juntarlos con más gracia en el orden y en la composición, en la variedad de las figuras, en el buen aire de las cláusulas, en la conveniente juntura de sus partes, en la melodía y dulzura con que suenan las palabras mezcladas blandamente sin aspereza, en la furia con que las unas rompen y entran como por fuerza y con rigor en los oídos y en el ánimo, y en la suavidad con que otras penetran muy sesgas y sosegadas, que parece que no las metieron, sino que ellas sin sentirlo se entraron. Las palabras con que uno se contentara decir alguna cosa de manera que lo entendiesen, él las hará, con quitarles y añadirles, con trocarlas y revolverlas, y ataviarlas con todo aderezo de elocuencia, que demás de dar á entender lo que se pretende, las cojan los oídos con más suavidad, y enseñen el entendimiento más sabrosamente y con más gusto. Del otro efecto tercero y más principal del bien decir, que es hacer fuerza á la voluntad, y inclinarla á tener por bueno y seguir con amor lo que se le persuade, no digo nada, porque esto no consiste tanto en el lenguaje ni en la elegancia del, como en las cosas que con él se adornan y como se guisan para que mejor á la voluntad les sepan, cebándose en ellas con el paladar del entendimiento, por donde pasan. Dejemos, pues, todas las otras partes en la elocuencia, y tomemos sólo lo que toca al lenguaje, y al primor y la gracia que cabe en el que llaman elocución los retóricos latinos, y todo se ocupa en elegir las palabras y mezclarlas con tal concierto en lo que se dice, que se les añada mucho de eficacia, así para representar las cosas que quieren darse á entender, como para que con mayor deleite se escuchen, y se entiendan con más afición. Esta parte del bien decir no puede negar nadie que no es común á todas las lenguas, y á nuestra castellana con ellas, si no tuviese por ventura tan bastas las orejas y tan rudo el entendimiento, que no gozase de diferente sonido en una buena copla que en una desbaratada, en una copla que en una escritura suelta, y en un razonamiento bien concertado y suave que en otro, el cual careciese del todo de orden y concierto; ¿y quién habrá que diga que el cuidado que se pusiere en así adornar nuestro hablar castellano, no lo ha de desviar mucho del común uso? no en los vocablos ni en la propiedad de la lengua (que sería gran vicio), sino en el escogerlos, apropiarlos, repartirlos, y suavemente y con diversidad mezclarlos, para que resulte toda la composición extremada, natural, llena, copiosa, bien dispuesta y situada. Y este pulir de esta manera la habla, ¡cuán ajeno, cuán diferente y cuán contrario es de la afectación! El cielo y la tierra, lo blanco

y lo negro, lo claro y lo oscuro, no están más lejos de ser una cosa, que estas dos de juntarse ó parecerse. Por tanto, no condenemos en nuestro lenguaje el cuidado del bien hablar, sino dolámonos de ver que estamos tan fuera de quererlo y saberlo hacer, que tenemos por mal hecho aún sólo intentarlo; y lo que sería gran virtud y excelencia, culpamos como vicio y fealdad. Todo esto sin duda procede de no entenderse bien qué es lo bueno y lo mejor en nuestra lengua, qué es lo que con acertamiento se señala y ventaja de lo demás, y qué es lo que, pensando que acierta, pára el fin en ser conocidamente malo. Como en las virtudes, quien no tuviere entera noticia de ellas y de la moderación en que consisten, muchas veces las tendrá por tales, como son los vicios vecinos, que les parecen, y llamará pobre al liberal, avariento al concertado en sus gastos, furioso al valiente, y al templadamente fuerte cobarde; tendrá por prudente al que todo se le pase en deliberar, sin poner en ejecución nada de lo acordado, y por súbito y mal proveído á quien con determinación emprende los buenos hechos; no de otra manera en nuestra lengua, por no tener tiento ni certidumbre en saber juzgar cuál es lo bueno, medrosos de aprobar algo generalmente, tenemos por malo lo que se diferencia de lo común; y así el pulirse bien ó mal siempre ha de ser sospechoso de afectado, y todo se nos antoja tal lo que no vemos cual es, como quien anda de noche sin lumbre, que todo lo que encuentra le parece negro. Esta falta de no poder juzgar fácilmente en el castellano lo acertado, viene de ser la lengua en sí de tal cualidad, que aunque es capaz de mucho ornamento, pero recíbelo con gran dificultad, porque para que sea dulce y sabrosa la compostura hay un estorbo grande de muchas partículas de las que llaman, y es imposible no haberse de repetir muy á menudo, de donde sucede fastidio en los oídos, que sin mucho miramiento no se puede huir. Y en otras muchas partes también de la elocución, es nuestra lengua y su lindeza dificultosa de alcanzar. Mas no es ésta la principal causa; que al fin trabajo y diligencia vencerían esta dificultad, y con el uso se amansaría lo que ahora espanta con representarse cuasi imposible. La causa verdadera de no acertar á decir bien, ni diferenciar lo bien dicho en el castellano, está principalmente en no aplicarle el arte de la elocuencia en lo que ella enseña mejorar la habla, no para propiedad, que ésta el uso la muestra, sino para la elegancia y la fineza, donde no llega el uso, y el arte puede mucho suplir el defecto. Junto con esto, faltan en nuestra lengua buenos ejemplos del bien hablar en los libros, que es la mayor ayuda que puede haber para perfeccionarse un lenguaje; y donde falta el arte, la imitación con los buenos dechados alcanza mucho, y la excelencia y la gloria de los que parecen tales que deban ser seguidos, incita y enciende á los otros para trabajar de hacerse semejantes, y merecer ser como ellos alabados. ¿Quién no entiende que es gran pobreza que casi no haya habido en España hasta ahora alguna buena escritura, cuyo estilo ó género de decir pudiese uno seguirlo para enmendar su habla, con seguridad que cuando lo hubiese sacado bien al natural, habría mejorado su lenguaje? ¿Quién podría señalar muchos libros castellanos con confianza que leídos y imitados se alcanzaria perfección ó señalada mejoría en el uso de nuestra lengua? Bien entiendo la respuesta, y bien veo que se me podría dar en los ojos con algunos libros que de algunos años á esta parte se leen con grande aprobación del pueblo, que los estima por muy elegantes. Mas yo hablo con los doctos y con los buenos juicios, que tienen muy vista esta falta y por muy justa ésta queja, y no hago caso de gente vulgar, que estima y aprecia algunos estilos por su gusto, lo cual basta para que no se tengan por buenos. Y si alguno me preguntase la causa por que habiendo habido siempre en España, y señaladamente en nuestro tiempo, singulares ingenios, y muchos de ellos bien empleados en las letras y ejercitados en el arte de bien decir, siempre ha quedado nuestra lengua en la miseria y con la pobreza que ántes tenía, sin que alguno le haya socorrido con alguna buena escritura, yo le respondería con pensar que acertaba que todo nace del gran menoscabo en que nuestros mismos naturales tienen nuestra lengua; por lo cual ni se aficionan á ella, ni se aplican á ayudarla. Y no me parece, sin duda, que hasta ahora les ha faltado á los hombres doctos en España excusa de este su desamor ó descuido, por estar la lengua castellana tan abatida y sujeta á servir en tan viles usos, que tenían razón de desesperar ocuparla. No se escribía en castellano sino ó vanos amores ó fábulas vanas; ¿quién había de osar encomendarle mejores materias? ¿quién no había de temer que oscurecía su obra la bajeza del castellano si en ella escribía? Como en un vaso acostumbrado ántes á servir en viles usos nadie querría guardar alguna cosa buena y preciosa, así en nuestra lengua, por verla tan mal empleada, no había quien se atreviese á servirse de ella. Sucedió en nuestra lengua sin duda lo que santo



Agustin dice de la música, que empleada su excelencia en cosas viles, se abate tanto aquella divina arte, que pierde la alta dignidad con que puede así ser llamada. Diógenes un día, tomando en la mano un unguento muy oloroso, y gustando suavidad, dijo (1): «Mal hayan los hombres deshonestos y afeminados, que por usar mal de cosa tan preciosa, han hecho que los hombres virtuosos no puedan honestamente gozar de ella.» Mal hayan, podríamos tambien decir con mucha razon los españoles, quien aciviló tanto nuestra lengua, que se pierda el buen uso de ella por estar mal usada, y como de esclavo infame, nadie osa fiarse de ella. Mas si todos con este miedo huyeran nuestra lengua como cosa mal inficionada, no solamente fuera este mal muy grave, mas aún se hiciera incurable y sin esperanza de remedio. No pudiera ser curada la enfermedad si todos temieran llegarse al paciente. ¿Y cómo podía venir á no temerse el peligro, sino viendo que habia hombres cuerdos que lo menospreciaban? Menester fué que algunos venciesen ese temor y lo menospreciasen, y diesen á entender á los demas con su ejemplo cómo habian de librar nuestra lengua de la miserable servidumbre en que viles hombres la tenian, no rehusando de hacer lo que hombres sabios ya hacian. De éstos ya ha habido algunos en nuestro tiempo, que con escribir en castellano cosas graves, adornándolas con el cuidado de bien decir, han abierto la puerta á todos los españoles doctos para que de aquí adelante, estimando en mucho nuestra lengua, que ven ya mejor inclinada y capaz de todo ornamento de elocuencia, todos sin miedo se le entreguen, y en breve llegue á ser tan copiosa y tan ennoblecida como (si no le faltan sus naturales) puede. La historia romana, y mucho de la antigüedad latina y griega, hablan ya hermosamente y con propiedad y limpieza el castellano en los libros de Pedro Mejia, de cuya mucha doctrina y gracia en el decir, harto sería bueno que yo bien gustase, sin que me atreva á alabarla como merece. Ya las cosas antiguas de España, sacadas de las tinieblas y escuridad en que estaban, tienen mucha luz, no solamente con la diligencia increíble del maestro Florian de Ocampo, sino tambien con su copioso y agudo género de decir, donde la abundancia, diferenciada con una sutileza cuerda y muy medida, atavia prudentemente el lenguaje. El estilo familiar de Hernando del Pulgar en sus *Cartas*, ¿quién no lo alaba y goza en él mucho del donaire que en las epistolas de los latinos se siente? El mismo en la historia tiene harto primor, y en imitar en ella los latinos, y tomarles siempre prestado algo á su propósito, le sucedió dichosamente. El *Cortesano* no habla mejor en Italia, donde nació, que en España, donde lo mostró Boscan por extremo bien en castellano. El mismo hizo nuestra poesia no deber nada en la diversidad y majestad de la compostura á la italiana, siendo en la delicadeza de los conceptos igual con ella, y no inferior en darlos á entender y expresarlos, como alguno de los mismos italianos confiesa. Y no fuera mucha gloria la de nuestra lengua y su poesia en imitar el verso italiano, si no mejorára tanto en este género (2) Garcilaso de la Vega, luz muy esclarecida de nuestra nacion, que ya no se contentan sus obras con ganar la victoria y el despojo de la toscana, sino con lo mejor de lo latino traen la competencia, y no ménos que con lo muy precioso de Virgilio y Horacio se enriquecen. Pues mucha parte de la filosofia en las obras del maestro Venégas, hombre de grande ingenio y infinita lición, la tenemos con harta elegancia y pureza en el lenguaje, si no es donde se la estorban los vocablos extraños con que se han por fuerza de decir las cosas que trata. Más há de cincuenta años que se imprimieron en castellano los libros de Boecio Severino del *Consuelo de la filosofia* en un tan buen estilo, que cualquiera que tuviere buen voto juzgará cómo está mejor en nuestra lengua que en la latina. Pues Francisco Ceryáñez de Salazar imprimió cuantas cosas hay de las dos filosofías, sin otras muy buenas de diversas disciplinas, clara y agraciadamente dichas, que nadie de ellas podian estar bien en nuestra lengua. Y esto es de algunos años atras, que ahora ya tenemos las obras en castellano del padre fray Luis de Granada, donde, aunque las cosas son todas celestiales y divinas, están dichas con tanta lindeza, gravedad y fuerza en el decir, que parece no quedó nada en esto para mayor acertamiento. Vengo al *Diálogo de la dignidad del hombre*, que aunque tiene tambien él harto manifiesta su estima y su valor, mas por ser cosa propia mia, y á quien debo encarecido amor por el deudo, diré solamente dél, que es del maestro Oliva, con que se concluye como en suma todo lo que en particular no se podría referir. Que pues hablo aún en tiempo que viven muchos que lo conocieron por uno de los más señalados y admirables ingenios que España ha tenido, seguro puedo quedar que alabo harto su obra con sólo decir cómo es. Principalmente, pues, los mismos que le conocieron por extremado en todo gé-

(1) Laercio, en su *Vida*.(2) Lud. Dolce, en la *Apologia del Ariosto*.

nero de disciplinas, y por hombre prudentísimo y muy virtuoso, saben cuánto se pulió en su lengua, cuánto le fué aficionado; y como estaba todo puesto en dar á entender el mucho fruto de primor que podría producir su fertilidad siendo bien cultivada, no se puede dar del todo á entender cuán grande fué el amor que tuvo á nuestra lengua; mas entiéndese mucho cuando se considera cómo un hombre que tan aventajadamente podía escribir en latin, y hacer mucho más estimadas sus obras por estar en aquella lengua, haciendo lo que los hombres doctos comunmente hacen, no quiso sino escribir siempre el lenguaje castellano, empleándolo en cosas muy graves, con propósito de enriquecerlo con lo más excelente que en todo género de doctrina se halla. De otra manera tambien se puede mucho encarecer este su amor que el maestro Oliva tuvo á nuestra lengua castellana con deseo de ennoblecirla. Fué hombre gravísimo y de singular autoridad, muy celebrado y reverenciado en todos los que lo conocieron, y por ella mereció primero ser rector de la universidad de Salamanca, cargo que no se da sino á hijos de señores, y despues, poco ántes que muriese, ya estaba señalado, como es notorio, para ser maestro del Rey, nuestro señor, que entónces era niño. Pues con toda aquella gravedad, con toda aquella insigne autoridad, y con toda aquella excelente grandeza de su ingenio y de todo su sér, y con todo el menosprecio en que veia ser tenuta nuestra lengua castellana, nunca dejó de preciarla, nunca dejó de escribir en ella, y nunca perdió la esperanza de ensalzarla tanto con su bien decir, en que creciese mucho en estima y reputacion. Para esto se ejercitó primero en trasladar en castellano algunas tragedias y comedias griegas y latinas, por venir despues con más uso á escribir cosas mejores en filosofia, cuyas partes principales deseaba comunicar á los de su nacion, en estilo que las hiciese más gustosas y apacibles, y la majestad de ellas no se desdeñase dél. Comenzó por este *Diálogo del hombre y la dignidad del*; ya escribia otros dos *Del uso de las riquezas y de la castidad*, y así prosiguiera todo lo demas, si la muerte, término universal de las cosas humanas, no le atajara. Porque habiendo muerto aún no de cuarenta años, no tuvo lugar de cumplir sus altos deseos que de ennoblecir nuestra lengua castellana tenía. Que cierto, si viviera, muchas otras cosas dejara semejantes á este *Diálogo de la dignidad del hombre*, que con tanto contento y admiracion se ha leído siempre en España. Las otras cosas que se pondrán con él no tendrán la misma majestad en la materia, mas no les faltará nada en la lindeza y gravedad del lenguaje, dos cosas tan propias y particulares del autor, que todos los que con buen juicio hasta ahora las han leído, sienten no hallarse semejantes en nadie. Por lo cual son dignísimas de ser leídas y estimadas, como hasta aquí las que andaban impresas se han leído y sido en mucho tenidas. Algunos que no las alcanzan á gustar como deben, les parecen indignas de un autor tan grave y de tanta severidad; mas yo no puedo dejar de tener en mucho lo que al maestro mi señor le vide estimar, y escribirlo aún en los postreros años de su vida. Y los hombres de grande juicio aún en todo aquello hallan al maestro Oliva, y le gozan allí con gran contento.